

## El beato G. José Chaminade, fiel a su conciencia

*Siendo el Fundador de la obra, tengo la obligación de que sea tal como me lo pide **Dios**. Si no me opongo con todas mis fuerzas, la obra resultará viciada. Lo haré hasta el último aliento. Mi **conciencia** no descansará hasta que vea la obra tal como debe ser, tal como Dios me la mostró, tal como la he hecho aprobar por la Santa Sede. Únicamente Dios y su **Vicario** en la tierra pueden librarme de este deber.*

De esta manera se expresaba el P. Chaminade en una carta del 31 de marzo de 1845 escrita al Vicario General de Albi. El contexto, como sabemos, es toda la polémica de los diez últimos años de su vida. Fue en esta etapa, precisamente, cuando aparece con más claridad y fuerza en sus cartas este tema de la necesaria e ineludible fidelidad a la propia conciencia.

Sin embargo, el tema de la conciencia ya está presente muy tempranamente en las enseñanzas del P. Chaminade a los congregantes de Burdeos, primero, y a los religiosos después. Tenemos algunos ejemplos de ello. Uno es un retiro de 1809, recogido por un Lalanne adolescente de 14 años, en el que orientaba sobre la correcta formación de la conciencia evitando sus falsificaciones. Otro interesante es una conferencia en la que afirma: "Es preciso formarse una conciencia; porque todo lo que no se hace conforme a la conciencia es pecado: *Omne quod non este ex fide, peccatum est (Rom 14,23)*." Y añade esta interpretación del texto paulino: "Por el término *fide*, entendía San Pablo la conciencia y no simplemente la fe. O si queréis reducía la fe práctica a la conciencia. Es decir, hace falta una conciencia para no pecar. Y todo el que obra sin conciencia, o contra ella, haga lo que haga, aunque fuese una cosa buena, peca al hacerlo." Luego explica también que hay que formar adecuadamente la conciencia porque hay conciencias corrompidas que llevan al pecado.



**Momento en que se desvela el tapiz con la efigie del beato Chaminade durante la beatificación.**

En el párrafo que hemos citado al inicio, casi como en una apretada síntesis, vemos que la fidelidad a la conciencia no es para el Fundador un solipsismo, un vivir encerrado en sí mismo. Para él la conciencia es el lugar donde se escucha a Dios, y de esa escucha nace la convicción profunda de haber recibido una misión a la que, en conciencia, nunca se puede renunciar. La conciencia no se forma simplemente como fidelidad a sí mismo, a las propias ideas y proyectos, sino a la voz y la voluntad del Otro. Además, la conciencia está vinculada a la obediencia a la mediación eclesial, representada en este caso por el Vicario de

Cristo. De esta conciencia fuertemente anclada de esta manera, brota una gran fuerza para trabajar y ser fiel “hasta el último aliento de vida”.

La fidelidad a su conciencia le permitió al P. Chaminade moverse con coherencia y audacia en los turbulentos momentos de las revoluciones políticas y de los grandes cambios sociales y culturales que vivió. Se manejó con criterios adecuados y nunca perdió la orientación correcta. Tuvo claro, por ejemplo, que no debía jurar la Constitución Civil del Clero, a pesar de las consecuencias que eso tenía para él y para su ministerio sacerdotal. En la gran crisis de los años 30 nunca renunció a llevar adelante el proyecto misionero que Dios le había inspirado. Y en los diez últimos años se aferró a su conciencia como a una roca firme en medio de la tormenta.

En esta etapa final aparece muy frecuentemente en sus cartas la convicción de estar actuando en conciencia y, por lo tanto, su reivindicación de estar en lo cierto. En una carta de 1845 dirigida al P. Meyer hacía afirmaciones contundentes a este respecto: *No pretendo seguir más que la verdad y mi **conciencia**... Mi **conciencia** sigue lanzando fuertes gritos: ¡la Compañía está siendo traicionada!... Mi **conciencia** de Fundador y de Superior de la Compañía no me permite cerrar los ojos a los efectos de un juego hipócrita que desnaturalizaría la Compañía de María y cubriría su cuna de una ignominia que le impediría crecer para siempre.*

La fidelidad a la conciencia le permitió al P. Chaminade actuar con gran libertad, incluso ante las mismas autoridades de la Iglesia con las que mostraba claramente su desacuerdo y de las que denunciaba sus abusos cuando lo consideraba necesario. Es conocido su enfrentamiento con el entonces arzobispo de Burdeos. En una carta del 20 de julio del 1847, en este caso dirigida al nuncio, escribía: *Me tomo la libertad, Excelentísimo, de abrir por entero mi corazón ante usted. Ha llegado el momento de poner fin a todo este escándalo... Por otra parte, el arzobispo de Burdeos abusa y continúa abusando de su autoridad episcopal en el orden espiritual que el gobierno reconoce; por otra parte, **mi conciencia** no me permite sufrir los desórdenes que surgen de este abuso de autoridad u otros abusos que se desatan a causa de este.*

Nosotros hoy, hijos espirituales del beato G. José Chaminade, acercándonos a su persona, estamos llamados a ser hombres que forman su conciencia en la escucha atenta del Señor y de su Iglesia, y actúan con la libertad de espíritu de

los que solo buscan la verdad en el cumplimiento de la voluntad de Dios. Esto es un camino de santidad.